

Willi Aeppli

CÓMO PUEDEN LOS PADRES ESTIMULAR EL APRENDIZAJE DE SUS HIJOS

La capacidad de aprender, de entre todos los seres que habitan la Tierra, es privativa del hombre: el animal no la posee, sino que está siendo "instruido por sus órganos". Son éstos los que le dictan el comportamiento más indicado en relación con su medio ambiente. De ahí que el animal termine su desarrollo muy pronto; llega pronto a adulto, y es autodependiente y autosuficiente. El hombre, en cambio, necesita veinte años, es decir una tercera parte de su vida, para madurar, o sea para alcanzar la llamada "mayoría de edad". Además, considerando que sus órganos sólo le instruyen en mínimo grado, el niño depende de la ayuda de los que ya alcanzaron la mayoría de edad; y son los adultos quienes, de cierta edad en adelante, lo instruyen, función que lógicamente, hemos de llamar "educar". Las condiciones previas para la posterior capacidad de aprendizaje han de crearse en el primer septenio de la vida, esto es, en la edad preescolar. Es verdad que las tres energías fundamentales del alma humana: pensar, sentir y querer son autónomas y sustantivas no obstante que para que puedan debidamente manifestarse, requieren un sano fundamento orgánico. Cada una de estas tres energías se halla vinculada a determinado sistema funcional corpóreo: sabido es que la facultad de pensamiento está en relación con el cerebro y con el sistema nervioso; que las energías emotivas tienen por base el llamado "hombre rítmico", sistemas respiratorio y circulatorio, y que las energías volitivas, a su vez, tienen por base sólida, los procesos metabólicos y el sistema motor.

Ahora bien, la posibilidad del sano desarrollo de las energías anímicas y espirituales entre los siete y los veinte años, depende, en amplia medida, de una sana configuración de lo somático con sus tres sistemas orgánicos, durante los primeros siete años. ¿Qué pueden hacer los

padres, y qué es lo que han de evitar, para que lo somático del párvulo se desarrolle debidamente como base de la facultad de aprendizaje?

La "educación" del párvulo, por lo menos hasta los cinco años y también más allá es, básicamente, educación somática; el niño todavía no responde a "instrucciones" morales o racionales por parte de los adultos. Quizá se podría decir. El organismo del párvulo se deja instruir por su medio ambiente y por las energías que en él imperan. Esto significaría, sin embargo, que el párvulo estructura su organismo, hasta en los órganos individuales, de acuerdo con lo que recibe e incorpora, de su medio ambiente. De ahí surge la pregunta: ¿qué es lo que el niño asimila de ese medio ambiente, y con ayuda de qué órganos? Pensamos primero en el alimento diario que el niño ingiere y que estimula sus energías de crecimiento y de formación; pensemos, segundo, en el aire que inhala y expira. Ambos son procesos de alimentación, sólo que el segundo, el de la respiración, es mucho más sutil que el primero. Pero todavía hay un tercer proceso, más sutil todavía por lo que, a menudo, pasa inadvertido, a pesar de que también implica que el niño recibe algo y lo incorpora: las percepciones sensorias. Los alimentos que el niño ingiere, el aire que el niño inhala, las impresiones sensorias que recibe: todo esto afluye sobre las energías de crecimiento, porque todos ellos son factores organogénicos. Para los tres vale la máxima pedagógica: el niño solamente debe absorber lo que le sea benéfico.

Veamos ahora algunos aspectos del significado que tienen las impresiones sensorias para el niño en edad preescolar. Piénsese, en primer término, en que el mundo de nuestras percepciones, el mundo empírico que nos suministra nuestras impresiones sensorias es de más variación y más rico en diferencias de lo que comúnmente tenemos conciencia: con los órganos sensorios respectivos registramos los colores, olores, sabores, etc., de la naturaleza que nos rodea. Asimismo, registramos las condiciones de nuestra propia corporalidad, para lo cual disponemos del tacto, del sentido del equilibrio, del sentido cenestésico, etc. Y finalmente registramos también lo que, procedente de otras personas, sale a nuestro encuentro: el timbre de su voz, su lenguaje estructurado según frases, palabras y fonemas, sus pensamientos y representaciones.

Ahora bien, en lo que toca a la función del organismo sensorio, existe una diferencia radical entre el adulto y el párvulo: las impresiones

sensorias ejercen sobre éste un efecto fundamentalmente distinto del que ejercen sobre aquél. Pudiéramos decir: el adulto forma su concepción del mundo, mejor dicho su visión del mundo, de acuerdo con las percepciones sensorias que recibe; su conciencia le permite "interceptarlas" y convertirlas, incontinenti, en pensamientos e ideas, no permitiendo que penetren demasiado profundamente en su organismo. A veces no puede impedirlo, a saber, cuando las impresiones sensorias literalmente se graban en la organización física, en cuyo caso pueden afectar el corazón, causarle jaquecas o provocar trastornos digestivos. Pero estas son excepciones. Las energías de su conciencia, así como su cuerpo físico, ya solidificado y resistente, protegen al adulto contra el peligro de que las impresiones sensorias dejen su huella en su organismo corpóreo. Si no es así, se trata de una condición patológica. Pero lo que, en el adulto, sería "patológico", en el niño es fisiológico, es decir, es un proceso natural, de acuerdo con el nivel evolutivo en que se encuentre; el niño no tiene ni la energía de conciencia del adulto ni su corporalidad solidificada y endurecida; el pequeñuelo es, todo él, órgano sensorio -como dijo Rudolf Steiner a menudo- con toda su corporalidad, todavía plástica, dúctil y maleable, se halla entregado a las impresiones exteriores, así como a merced de ellas. Hablando con toda propiedad, podemos decir que el niño "consume" las impresiones que le llegan: todas las percepciones sensorias suscitan en él, concomitantemente, delicadísimos procesos vegetativos, que determinan la ulterior formación o malformación de sistemas orgánicos y de los órganos individuales. Así pues, en tanto que el adulto se forma su visión del mundo cual intrincado sistema de conceptos, sobre la base de percepciones sensorias, el niño se forma, por lo menos hasta cierto grado, su organismo físico según las impresiones sensorias. Y ¡vaya que el organismo físico es algo más real que una visión del mundo!

¿Cómo debería estar constituido un medio circundante saludable, cuyas energías fueran indicadas para que el niño las absorbiera mediante su organismo sensorio? Tenemos, antes que nada, la naturaleza externa como precioso mundo empírico: el campo, la flor, el animal, el río, el lago, el bosque, las nubes... todo ello suministrando, mejor dicho regalando, impresiones sensorias que contribuyen a la construcción del cuerpo. Ver los colores del arco iris, oír el gorjeo de los pájaros, oler la resina de los árboles, saborear la baya del bosque, sentir la frescura del agua: todo esto son las impresiones sensorias que tienen benéfico significado para el desarrollo físico del niño.

vamente distintas, y actúan también de manera distinta sobre los órganos sensorios y el resto del organismo.

Amplias y detenidas investigaciones han demostrado que, en nuestra época, ha degenerado en forma alarmante la facultad de aprendizaje de los escolares, y una de las causas fundamentales es que el niño se halla expuesto, demasiado temprano y con demasiada intensidad, a la vida mecanizada con todos sus recursos técnicos.

Si tenemos en cuenta que el sano desarrollo de lo somático en el primer septenio constituye el fundamento necesario para el libre despliegue de lo anímico-espiritual en los años subsecuentes, podemos cobrar conciencia de la importancia de esta temprana edad de la vida, así como de la responsabilidad que corresponde a los primeros educadores, los padres y los tutores. Como resultado de esta conciencia, han de nacer en el adulto, junto con el sentido de responsabilidad, delicados impulsos volitivos, que le provoquen la firme decisión: yo quiero, sobre la base de estas certeras intuiciones, cuidar y criar a mi hijo de la mejor forma que me sea posible.

En este caso, cuando el niño alcanza la madurez para la escuela, los padres pueden, a justo título, decirle al maestro al que le encomiendan la educación de su hijo: durante siete años, nos hemos preocupado por el correcto desenvolvimiento de la parte somática de este niño; lo hemos criado y cuidado, tratando de conseguirle, dentro de lo posible, un ambiente saludable. Desde luego, continuaremos haciéndolo, en la medida de lo necesario, pero ahora tú, maestro, haz lo que corresponde como educador: cuida de las energías anímicas y espirituales por medio de tus clases; en lo sucesivo, cargaremos juntos con la responsabilidad del desenvolvimiento de este ser humano: tú como maestro, y nosotros como padres.